



NICOLÁS SUESCÚN

Un repaso de la prensa colombiana del siglo XIX, por ejemplo, nos revelará que ésta era predominantemente política —primero— y que la poesía era un medio frecuente, reiterado, constante de lucha política y de crítica social. Este repaso, acompañado del conocimiento no sólo de los principales hechos políticos sino de esas pocas ocasiones en que la poesía ha influido en la realidad política, ahondaría más en la índole de nuestra historia, quizás mostraría peculiaridades de la vida política y por lo menos, esto sí con seguridad, incluiría episodios como aquel en que el presidente Caro prohibió los recitales de Julio Flórez en el teatro Colón por temor a que la virulencia julioflorezca desatara un motín. Desconocer hechos como éste, no por aislados menos excepcionales, donde se revela el poder subversivo

de la palabra, es una omisión grave en la historia de la poesía política. Omitir a los nadaístas y su poderosa sátira de los sesenta, omitir a Castro Saavedra entre los poetas caracterizadamente políticos y sociales, desconocer el valor político de algunos apartes de la extensa obra de Juan de Castellanos.

En fin, todas estas omisiones y otras más, acaso se deban al enfoque demasiado superficial de la investigación, basada en fuentes secundarias y referida a nódulos muy concretos de nuestra historia -la independencia, el canal de Panamá, por ejemplo-, sin el conocimiento suficiente de la historia de nuestra poesía y de sus relaciones -casi íntimas durante el siglo XIX- con la política.

Quien se enfrenta a la realización de una antología temática de poemas, además de aportar documentos versificados sobre la materia -vida política-, por estar en la tarea de realizar una cosa llamada "antología" debe, además, reunir buenos poemas. Y aquí radica la principal falla del trabajo de España. Si hay poco de historia social, si no hay -realmente- una buena investigación de la poesía política, lo peor es que, salvo unos pocos textos que se cuentan con los dedos de las manos -y sobran dedos-, lo demás no tiene de poesía sino los versos partidos.

El libro es decepcionante si trata de leerse en búsqueda de buenos poemas. Se dirá que el procedimiento adoptado por España (poetas importantes más antologías regionales más parnasos más poetas sociales) garantizarían mejor la calidad literaria que el imaginario investigador que se meta a seguir paso a paso la historia política a través de las manifestaciones de los poetas y rebuscar los conflictos poesía/poder. Pero el resultado global de lo que presenta España, en términos de embriaguez del verbo, lo único que demuestra es que en las antologías también hay versos malos (por lo menos en las antologías de Santander y de Norte de Santander, y en los parnasos, y en la antología del padre Pacheco), y que nuestros grandes poetas han tenido trastabillantes momentos y

que nuestros poetas políticos son más políticos que poetas. Por supuesto, este es un juicio global; pero sobrevive la voz material de Mario Rivero, la sátira de Luis Carlos López, la tristeza de Candelario Obeso, el siempre maravilloso Silva, acaso sobrevivan otras cosas, en este arsenal de grandilocuencia y de retórica, de palabras de ancha cola hipotecadas a la causa, a cualquier causa: no hay nada más difícil que hacer poesía política; nada más difícil que darle una causa, una línea de conducta al hombre desde la demencia de verbo; de ahí que sea tan escasa la buena poesía política; pienso en Neruda, en Antonio Machado, en Miguel Hernández y, de repente, algo me dice que una antología de buena poesía política colombiana es algo imposible. En este sentido, se puede pensar que a, lo mejor, Gonzalo España hizo, en cuanto a calidad poética, lo mejor posible.

Reunió lo mejor dentro de lo posible, acaso, pero las razones que dio para justificar la calidad poética de sus materiales no parecen muy consistentes: "su belleza está en la fuerza. Parodiando los comentarios de Marx sobre la manera de escribir de Proudhon, diremos que su estilo de fuerte musculatura constituye su principal mérito. En algunos casos el poema no resuena por la musicalidad o por la cadencia sino por la potencia de su contenido".



Necesariamente aquí ha de leerse *fuerza* -un sustantivo analógico con la física- como énfasis, como elocuencia. Es posible que aquí radique la diferencia de criterio entre el antologista y el reseñista: lo que España ve como gran virtud literaria de la poesía política (a propósito, ¿la social qué?), es para mí un lastre que

se refleja también en la poesía: la oratoria, cuyas sucesivas retóricas en Colombia han sido prefiguradas, precisamente por la poesía: está por hacerse el estudio sistemático de este fenómeno contaminante de la esencial gratuidad de la poesía, mediante el cual las retóricas se van congelando en los versos y van pasando a la oratoria, a la ritualidad de la persuasión y del lucimiento parlamentario; Julio Flórez es la quintaesencia del tremendismo radical, y la estética parnasiana de Valencia se trasladará a su oratoria; Darío Samper impone un estilo parlamentario arquetípico de la república liberal; en fin, Jorge Zalamea es algo así como la estética gaitanista aplicada a los versos, y la fluidez y adjetivación de Carranza desembocan en Alberto Santofimio, su confeso admirador y antologista. Así, melancólicamente leída, la antología de la poesía política y social acaba por ser un manual de pasadas y futuras retóricas parlamentarias.

DARÍO JARAMILLO A.

La libertad imposible

Jaulas

María Elvira Bonilla

Planeta. Bogotá, 1984. 130 páginas

La parálisis, la ausencia, la negación, la caída y la nada son los hilos que estructuran la obra y los barrotes que se cierran alrededor de la protagonista. Kristal Ventura, pájaro y caracol, pertenece a la larga serie de figuras literarias que tratan de recuperar su memoria, su pasado y su vida desde una anclada situación presente.

Un nombre, un tiempo y una acción abren el texto: Kristal Ventura, diez años y escribir, tres elementos que son el germen de esta novela corta, dura y veloz. La situación narrativa (el proceso mediante el cual el mundo ficticio está mediatizado a través del narrador) parte de esta protagonista paralizada, que después de diez años logra su primera actividad no refleja: escribir su nombre. Y una identidad negada surge